

Las ideas colombinas desde México

La celebración del V Centenario del Descubrimiento de América ha generado encontrados estados de opinión sobre el acontecimiento de 1492. Las posturas oficiales a uno y otro lado del Océano y las valoraciones de historiadores, sociólogos, pensadores y artistas constituyen un abigarrado conjunto imposible de reducir a denominador común. Como una pieza más de este mosaico conmemorativo, el autor presenta el acontecimiento colombino desde la perspectiva mejicana. Se trata de un análisis documentado del cambio de enfoque operado en el país desde la celebración del IV Centenario hasta la de 1992.

Arturo Azuela *

Cambio de enfoque

HACE cien años —en 1891— el Gobierno mexicano, con el general Porfirio Díaz al frente, se preparaba para celebrar el IV Centenario del Descubrimiento de América. En virtud de

* Catedrático de Literatura. Universidad Autónoma de México.

los cánones del positivismo, no había discusiones, ni mucho menos alguna propuesta de una nueva investigación sobre los viajes de Cristóbal Colón —sus antecedentes y sus consecuencias, sus éxitos y sus fracasos, sus finales intenciones, sus hazañas objetivas. Se trataba, entonces, de festejar «la comunión de todos los pueblos en sentimientos de justicia y admiración por el pasado, de nobles aspiraciones y lisonjeras esperanzas para el porvenir».

Se decía con seguridad que el capítulo amargo de los cargos había concluido, que se habían terminado las recriminaciones y quejas americanas en contra de sus progenitores europeos. México, aseguraban los voceros oficiales, república independiente y antiesclavista, «la primera de las naciones hispanoamericanas por su posición geográfica», se asociaba a todos los pueblos del mundo para conmemorar el IV Centenario del Descubrimiento de América.

Ahora, cien años después —en 1992—, la situación ha cambiado. Entrechocan diferentes opiniones, tesis y teorías; se presentan argumentaciones de alto nivel académico y, en los extremos, se ubican audaces y, al parecer, renovadores puntos de vista. Los trabajos de investigación de muchos años —trabajos profundos, con la mejor pupila del historiador o del filósofo— han llegado al tapete de las discusiones; discusiones vivas, cargadas de pasión, con el bisturí más fino de los mejores «scholars» o los juicios más contundentes de los sabios en la materia.

En varias instituciones mexicanas —muy especialmente en la Universidad Nacional Autónoma de México— el gran tema del Descubrimiento del Nuevo Mundo se aleja de la admiración universal, se pone en entredicho y constituye una auténtica «mina» —una mina de diamantes, de oro, o de plata—, con vetas extraordinarias para los mejores gambusinos. Por ende, se enjuicia a aquellos «progenitores europeos» y los «capítulos amargos» de nuestra inicial historia han regresado al estudio de los heterodoxos, de los rebeldes historiadores del presente.

Las preguntas aparecen de inmediato; se suman las dudas y las hipótesis en torno a los descubrimientos de los historiadores mexicanos. Aquellos volúmenes de los eruditos del siglo XIX —aquel *México a través de los siglos*— al parecer, en muchos sentidos, están ahora muy lejos de nosotros. Ya con anticipación, desde las investigaciones de Humboldt, se inicia «la etapa contemporánea, porque con los análisis del sabio prusiano el tema quedó abierto a todas las interpretaciones mecanicistas, polémicas

cas, eruditas, biográficas y bizantinas, empeñadas en relatar lo que *hizo* y no lo que se *propuso* hacer» el navegante genovés.

Así pues, a lo largo de una tradición histórica e historiográfica que llega hasta nuestros días, nos hacemos una pregunta esencial: ¿por qué es en México —en este México en crisis, conflictivo, en las últimas décadas del siglo XX— en donde se presentan las más atractivas, sugerentes y apasionantes polémicas en torno a ese capital acontecimiento americano? ¿Por qué ahora mismo, ante el V Centenario, se han puesto en tela de juicio las tesis oficiales? Aunque quisiéramos explicar las más importantes concepciones —descubrimiento, encuentro, invención, encubrimiento, conquista—, por ahora sólo queremos contestar, a lo largo de estas páginas, a esa pregunta determinante. He aquí, pues, nuestro principal objetivo.

Un 1492 polémico

EN primer término, iremos al recorrido histórico de tan debatido tema; sólo explicaremos la ruta esencial, algunos puntos de ruptura, el avance sistemático de las investigaciones y de algunas de las nuevas interpretaciones. Posteriormente, ya con cierta perspectiva, veremos las consecuencias de algunos de esos puntos críticos, esas manifestaciones de los conquistadores —ese trauma de la conquista que llega hasta nuestro días—, esos códigos, testimonios, declaraciones y demás fuentes que los historiadores han puesto al descubierto.

Sin lugar a dudas que, en las últimas décadas, la historiografía mexicana en torno a los siglos XVI y XVII se ha enriquecido extraordinariamente. Además, han cambiado los lenguajes, las ideologías, los métodos, las aproximaciones a los variados y ricos testimonios. De una u otra manera, hay una búsqueda científica en torno a los antecedentes y las consecuencias de la expansión española en América. Hoy en día, afortunadamente, se rechazan los ditirambos, los elogios sin sentido, toda aquella grandilocuencia decimonónica y de principios de este siglo, en que «cada 12 de octubre, con mayor o menor esplendor y con máxima o mínima indiferencia oficial, se vino celebrando en casi toda Hispanoamérica el llamado «Descubrimiento de América».

De hecho, desde antes de la celebración del IV Centenario, hace más de cien años, ya se venían presentando distintas posturas respecto a Co-

lón, y a sus viajes o sus inconsecuencias, y a la llegada al Nuevo Mundo o su supuesta grandeza de concepción. Don Carlos María de Bustamante, «inquieto, controvertido y paradójico historiador», inicia en 1936 la «primera vitriólica exégesis mexicana sobre el suceso colombino». Para el historiador oaxaqueño, el 12 de octubre de 1492 fue «el día más infausto para la América; en él se fijó la esclavitud»; Colón traía «el corazón fijo en el oro y la plata», «autor de tantas desdichas», «iperfidia inaudita!», «y luego se quejan los españoles al cielo de haber perdido la dominación de las Indias». Bustamante pertenece, pues, a los iniciadores de las manifestaciones anticolombinas «y por consiguiente antiespañola» que se integra al coro criollo mexicano de la leyenda negra enarbolada contra España.

Desde entonces, entre guerras civiles, pérdidas de territorio, luchas entre conservadores y liberales, entre centralistas y federalistas, se va enriqueciendo un desfile crítico de intelectuales sobre las proezas del navegante que fuera encadenado y con el delito de escarmiento en su destino, con el descrédito y sin que se le hiciese justicia mientras vivió. Cristóbal Colón es ensalzado o atacado, alabado o denostado; por un lado se habla de su valor, su firmeza de ánimo, sus sueños quiméricos y sus fantasías; por el otro, se insiste en las sombras, en sus crueldades y en sus apetitos de poder.

Don Joaquín García Icazbalceta, por ejemplo, en 1853, presenta un «Colón inteligente, a veces genial», un instrumento del que se vale la Providencia Divina para llevar a cabo sus designios. «Por eso no existe propiamente una insalvable contradicción entre lo que pensó Colón realizar (alcanzar el Oriente —Catay, Cipango— por la ruta de Occidente) y lo que realmente llevó a cabo: el descubrimiento del nuevo mundo del que nunca sospechó su existencia»; la tesis providencialista permite absolver a Colón de todos sus errores, de sus fracasos, ambición y codicia.

El IV Centenario

ES importante señalar que, en 1877 y en 1892, se inauguraron en la ciudad de México los monumentos erigidos en honor de Cristóbal Colón. El primero está ubicado en el Paseo de la Reforma y, el segundo, en la Plaza de Buenavista. Un cronista nos dice que el día de la celebración del IV Centenario «la ciudad amaneció vestida de gala; los edificios públicos, los comercios, las casas particulares,

lucían soberbios adornos...». Sin lugar a dudas que, en 1992, otro muy distinto será el ambiente que prevalecerá en la capital de México; ya que en estos últimos años, desafortunadamente, con el pretexto de atacar a los sanguinarios conquistadores, una de las estatuas del navegante ha sido mancillada, insultada, agredida. ¡Pobre don Cristóbal Colón!, por algún motivo merece la injuria, el escarnio público. Pero en fin, son cosas del destino, en que algunas veces pagan los justos por los muchísimos pecadores.

En aquella celebración del IV Centenario, don Justo Sierra, entonces diputado, tuvo la oportunidad de lucirse como poeta y como historiador. Presentó dos interpretaciones distintas, dos puntos de vista que se oponen: uno el poético y otro el histórico. Como artista, como artífice de la palabra, Justo Sierra habla de «la ingratitud cruel de los humanos» y de un «Béndito tú, Colón, nauta arrogante...», «hombre del barro y del dolor nacido», «¡Mártir padre de América...». Más tarde, como un intérprete de los acontecimientos históricos, Sierra habla de los defectos y virtudes del navegante, «el abreviador supremo de la evolución humana» y hace hincapié en que «la historia ya no absuelve ni condena, atestigua, explica y así es ciencia, así obtiene lenta y seguramente la verdad».

Justo Sierra bajó a Colón de su estatua, lo puso en la tierra frente a nosotros y pidió que el fiel de la balanza lo ubicara el quehacer del científico, el estudioso de los más variados testimonios. Por cierto que, por aquel entonces, se hablaba en el Vaticano de la beatificación de Cristóbal Colón como paso previo a una futura canonización. Afortunadamente, el proceso acogido con buenos ojos por el pontífice León XIII no llegó a consumarse. Imaginémonos si hoy en día, entre tantas discusiones, entre polémicas de alta jerarquía, tuviéramos siempre la presencia, con su apotheosis soberana, de San Cristóforo Colombo.

El Día de la Raza

A lo largo de varias décadas, en virtud de la celebración del llamado Día de la Raza, en varias instituciones mexicanas —entre otras, la Sociedad Astronómica, la Academia de la Lengua, la Sociedad de Geografía y Estadística— se recordaba a Colón y se daban distintas interpretaciones del Descubrimiento de América. Poco a poco, a raíz de la fundación de la Universidad Nacional en 1910 —heredera de la

Real y Pontificia Universidad y de la Universidad de México clausurada en el siglo XIX—, se fueron integrando algunos grupos de investigadores de alto nivel. Lentamente se fueron abandonando las alabanzas desmesuradas, la grandeza de la raza y el enaltecimiento de los valores occidentales.

Entre algunos miembros del Ateneo de la Juventud —grupo formado en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Escuela Nacional de Altos Estudios— los temas americanos fueron discutidos con propósitos renovadores. Antonio Caso, José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, entre otros, contribuyeron al enriquecimiento de los nuevos rumbos. A partir de entonces se presentarían trabajos más concienzudos, más imaginativos, con una información más sólida y de mayores alcances históricos. Eran los tiempos en que todo se ponía en tela de juicio; la Revolución Mexicana avanzaba a paso de gigante; los mexicanos se veían a sí mismos, en sus propios espejos, en sus raíces más antiguas, en la búsqueda sin engaños de sus fracasos y sus triunfos. En la pintura y en la literatura, en el ensayo histórico y filosófico, en la música, en muchas manifestaciones artísticas populares, llegaban las nuevas perspectivas, los caminos de la renovación en la auténtica búsqueda de sí mismos.

En 1918 Antonio Caso aprovecha el acontecimiento del 12 de octubre para enaltecer a la «raza mestiza mexicana»; Colón es el pretexto para meditar sobre la realidad histórica de un país en crisis. Dice algo curioso al honrar a Colón: «Los gringos lo habrían hecho un Dios, hagamos de él un padre de los americanos». También afirma que la «Iglesia se levanta sobre el teocalli, sobre el indio el español, y la nueva raza hispanoamericana se genera sobre un mar de sangre y de horror». En años posteriores, varios intelectuales mexicanos —Alejandro Quijano, Carlos Pereyra, Alberto María Carreño, Ezequiel A. Chávez— contribuyen al enriquecimiento en torno a la figura del gran navegante y la importancia del Día de la Raza. En general, se enaltescen los valores de España, sus hombres valerosos, sus grandes evangelizadores, la epopeya de la conquista —«el pueblo más apto para poder realizarla».

Por cierto que, en 1929, después de algunas discusiones menores, la Cámara de Diputados declara fiesta nacional el 12 de octubre, y en 1934, se adicionó al mismo decreto la adopción de la bandera del Día de la Raza como símbolo de las Américas: «Es blanca por la paz, lleva tres cruces moradas cóncavas de la misma forma que las que traían en sus

velas las carabelas colombinas...; los lemas de la bandera son: justicia, paz, unión y libertad».

Más de medio siglo después, en abril de 1985, Miguel de la Madrid, presidente constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, crea la «Comisión Nacional Conmemorativa del V Centenario del Encuentro de dos mundos», considerando, entre otros aspectos, que la «reflexión histórica debe ser base del entendimiento y la cooperación internacional fundados en el respeto entre los pueblos», que «la conmemoración de este encuentro es motivo propicio para analizar los hechos históricos a la luz de la realidad contemporánea» y que «debe procurarse un mayor acercamiento entre los países latinoamericanos y los de la península ibérica, mediante la realización conjunta de acciones y empresas que contribuyan a vigorizar su conciencia histórica y fortalecer su soberanía e identidad». Así pues, cinco décadas después de la aprobación del 12 de octubre como fiesta nacional, el lenguaje es diferente; han desaparecido las palabras descubrimiento, día de la raza, las hazañas colombinas y la bandera de las Américas.

Sin embargo, a lo largo de estas cinco décadas, se han llevado a cabo muchas investigaciones extraordinarias. Se había reflexionado sobre el arte mexicano; ahí están los textos de Manuel Toussaint y de Justino Fernández. Se habían discutido, desde nuevos ángulos, los antecedentes y consecuencias del guadalupismo; ahí está el espléndido libro de Francisco de la Maza. Muchos filósofos, encabezados por don Samuel Ramos, se dedicaron a investigar sobre «lo mexicano» —sus complejos, sus desafíos, su cultura, su futuro político. Octavio Paz escribía *El laberinto de la soledad* y el grupo Hiperión discutía, a puertas abiertas, la «filosofía de lo mexicano».

Además, los exiliados españoles abrirían nuevos caminos para el estudio del Nuevo Mundo; ahí están las contribuciones, entre otros, de Eugenio Imaz, Joaquín Xirau, Manuel Moreno Villa, Ramón Iglesia, Luis Nicolás D'Olwer, Pedro Bosch Gimpera, José Gaos y José Gallegos Rocafull. En magníficas ediciones críticas —con prólogos, ensayos, notas y bibliografías— se publican las obras más importantes de cronistas, conquistadores, navegantes y evangelizadores. A los buenos lectores, a estudiantes y divulgadores, se daban a conocer tesoros de muy diversa naturaleza.

Interpretaciones del acontecimiento colombino

EN 1941, Alfonso Reyes, en *Ultima Tule*, dice que «América fue la invención de los poetas, la charada de los geógrafos, la habladuría de los aventureros, la codicia de las empresas y, en suma, un inexplicable apetito y un impulso para trascender los límites». Antes de dejarse sentir por su presencia, América se dejaba sentir por su ausencia. Para don Alfonso, la realidad y la imaginación, la ilusión, la verdad y la mentira contribuyen al Descubrimiento y al éxito del viaje de Colón.

Un lustro más tarde, el 12 de octubre de 1946, José Vasconcelos pronunciará, en San Antonio Texas, un discurso en que celebra la llegada de Colón porque éste «transforma y agranda el mundo», «hizo su descubrimiento como español y acompañado de españoles»; Vasconcelos propone la vuelta al orgullo español, a la tradición heroica, al culto del idioma, al sentido democrático de la vida pública y al justo equilibrio de todos los intereses.

Poco a poco se rompen los límites; las investigaciones son más profundas, sin que el interés o la pasión se reduzcan. En 1951 se publica una obra capital: *La idea del Descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos*, de Edmundo O'Gorman. Los planteamientos son más audaces al mismo tiempo que se presentan con maestría el bisturí, la criba y los lentes del historiador. O'Gorman hace hincapié en la ideación de la realidad histórica americana, «la significación que cobra América en la conciencia histórica»; le interesa «el análisis y la comprensión de las sucesivas *invenciones* de los cronistas e historiadores; las ideas elaboradas sobre el hecho de haber sido descubierta América». No tiene interés en averiguar cómo ocurrió el acontecimiento llamado descubrimiento de América, sino cómo ha sido ideado y cómo, por lo tanto, ha sido interpretado, conceptualizado y dotado de existencia histórico-geográfica ese pasado.

Algunos años después, en 1958, se publica otro libro fundamental de Edmundo O'Gorman: *La invención de América (El universalismo de la Cultura de Occidente)*. Los europeos del siglo XV se toparon con un continente al que se vieron obligados a dotar y conceder un sentido; atribuirle una significación histórica, cultural pero dependiente del europeocentrismo.

Europa se convierte en el arquetipo histórico, «en la extensión de la imagen del mundo a toda la tierra y la de concepto de historia universal a toda la humanidad».

Existe una curiosa paradoja, nos dice O'Gorman: «Colón salió a probar que existía un continente austral desconocido y regresó con la idea de que todo era Asia; Vespucio salió a comprobar que todo era Asia y volvió con la idea de que había un continente austral desconocido». Muchos son los argumentos, los conceptos —cargados de matices y con diversas perspectivas— que nos presentan los textos de O'Gorman. En este trabajo, sólo nos interesa señalar sus grandes contribuciones, desde México, a las ideas del Descubrimiento.

Unos años después, en 1960, se publica *La visión de los vencidos*, de Miguel León Portilla. En el prólogo, el eminente historiador del mundo prehispánico, propone su tesis en torno al encuentro del mundo español y el mundo americano. Por cierto que, en aquellas décadas, encabezados por Angel María Garibay y por el mismo León Portilla se formaban espléndidas generaciones de investigadores de la historia mesoamericana. Precisamente, en 1964, se inauguró el gran Museo Nacional de Antropología e Historia; en su género, uno de los más importantes del mundo.

Varios lustros después, el 11 de abril de 1985, el doctor León Portilla publicó un artículo titulado «Encuentro de dos mundos». Explica que la presencia del indio ante el español y de éste frente a aquél produjo indudablemente un *encuentro* recíprocamente físico y conceptual: encuentro de dos concepciones, de dos mundos geográficos, el viejo y el nuevo, que permitían la comprensión cabal de toda la tierra; encuentro, sobre todo, de dos mundos humanos.

Quizá por ese entonces, León Portilla no tenía la más remota idea de que, al sintetizarse muchas de sus ideas en el documento «Encuentro de dos mundos» presentado a la Reunión de Comisiones Nacionales del V Centenario del Descubrimiento y, posteriormente, en el decreto de Creación de la Comisión Nacional Conmemorativa del V Centenario, se desarrollaría una gran polémica con la intervención de eminentes especialistas en la materia. En tres importantes réplicas, establecería Edmundo O'Gorman su posición; además, intervendrían, entre otros, Eduardo Blanquel, Antonio Gómez Robledo, Silvio Zavala y Enrique Dussel. La polémica tendría repercusiones internacionales y, afortunadamente, daría a conocer, a varios públicos, ajenos a los claustros académicos, distintos enfoques a los acontecimientos colombinos y sus trascendentales conse-

cuencias. Inclusive en los ámbitos políticos —tanto de España como de América Latina—, a partir de entonces, la cautela, el cuidado en los conceptos, ha sido el camino más consistente. Hoy todo se ha reducido al V Centenario; sólo se menciona la fecha clave: 1492.

Visión mexicana del 92

POR cierto que, antes de responder a la pregunta sustancial de este trabajo, en 1984, el doctor Leopoldo Zea presentó una importante teoría en su ensayo «América en busca de su expresión». Habla del Descubrimiento y la Conquista como Encubrimiento; subraya el hecho de que los descubridores y conquistadores iberos no pudieron ver en la tierra americana sino lo que quisieron ver y asimismo no encontraron sino lo que quisieron encontrar. Esta teoría del encubrimiento supone el dominio de un mundo y de unos hombres sobre otros; de la metrópoli sobre las colonias; de los conquistadores sobre los conquistados; de los blancos sobre indios, negros y mestizos; de los libertadores y de los defensores del progreso sobre los liberados encubriendo el exterminio y la explotación con la excusa de la erradicación de la barbarie.

Se hace pues necesario, de acuerdo con el doctor Zea, descubrir lo que hasta ahora ha sido encubierto: el penoso y doloroso intento de cubrir la verdad o las verdades de esta dolorosa parte de la historia americana. No se trata ya de festejar ni de condenar, sino de tomar conciencia críticamente del hecho y de lo que esto representa en la actualidad y de lo que puede significar en el futuro. Finalmente, Zea propone que el V Centenario adquiera un creativo y esperanzador significado.

Volvemos pues, después de este recorrido, a la pregunta inicial de este ensayo: ¿por qué, en México, se han presentado las mejores condiciones para la discusión, en el más alto nivel, sobre diferentes o encontrados puntos de vista en torno al acontecimiento histórico de 1492?; ¿por qué se han desarrollado diferentes tesis sobre el capital hecho de la historia del mundo occidental? Desde luego que no sería suficiente explicar el trauma de la conquista que llega todavía a nuestros días; el gran golpe que, en los vencidos, significó la pérdida de su cultura —lenguaje, religión, costumbres, manifestaciones artísticas, etc.—, la pérdida de la unidad de sus pueblos, su libertad de asociación y su libertad de circulación.

En nuestros días, la mayoría de los buenos historiadores mexicanos ven más hacia el pasado lejano que hacia el pasado más próximo, quizá por las dificultades que entrañan las investigaciones de los grandes problemas de nuestra historia contemporánea. Habría que señalar, además, la gran continuidad que en este siglo ha existido en el quehacer histórico académico. De una generación a otra se ha transmitido el conocimiento con una gran naturalidad; no ha habido en México, como en la mayoría de los países de nuestra lengua, grandes rupturas o etapas de dispersión. Al enriquecimiento notable de la bibliografía americana de los siglos XIV al XVIII, en México se han desarrollado estudios desde varios puntos de vista, ya desde la aproximación de los europeos hacia América, ya desde el desarrollo de las culturas prehispánicas o del mestizaje que surge a partir de la conquista.

En un clima de gran libertad y consolidando la tradición histórica, se han realizado notables e imaginativas investigaciones. Cada generación, desde el siglo pasado, ha construido su parte con conocimiento de causa y, en varios casos, sin olvidar el afán de renovación. Se han aprovechado diversas fuentes. Sociológicas, políticas, económicas, artísticas y filosóficas. En la Universidad Nacional Autónoma de México —en su Facultad de Filosofía y Letras, en su Instituto de Investigaciones Filosóficas— se han investigado y dado a conocer las tesis más importantes.

De la larga investigación, gran desafío intelectual, teniendo presentes muchos matices y el beneficio de la duda, quizá desde varias perspectivas, la solución estaría en la integración de esos tres grandes planteamientos: la invención, el encubrimiento y la conquista; la invención, desde el punto de vista de la historia de las ideas; el encubrimiento, en virtud del análisis de nuestro desarrollo cultural; y la conquista, de acuerdo con los enfoques de la economía y la sociología. Por ahora, sin meternos en honduras, dejemos a los sabios en tantas materias la mejor respuesta en torno a la gestación y desarrollo del capital acontecimiento de la historia americana.

Bibliografía

- REYES, Alfonso: *Ultima Tule*. En *Obras completas* de FCE. México.
 O'GORMAN, E.: *La invención de América*. Ed. F.C.E. México, 1958.
 LOPEZ PORTILLO, M.: *La visión de los vencidos*. UNAM, México, 1960.
 ORTEGA MEDINA, Juan: *Historia de las Ideas Colombinas*. UNAM, México, 1989.